

EL RETIRO (INEDITO)

CADA uno de los paseos de Madrid tiene su carácter, su fisonomía y su concurrencia especial. A mí me basta saber a qué paseo asiste de ordinario una persona para formarme una idea aproximada de su posición, su genio y sus costumbres.

Desde el Campo del Moro a la Fuente Castellana, desde el paseo de Oriente a Recoletos, desde la Plaza Mayor a Atocha, desde las Vistillas al Salón del Prado, la coronada Villa ofrece tan ancho y variado campo a sus habitantes, que, excepto algunas raras excepciones, cada cual busca el punto de reunión más en armonía con sus hábitos, su carácter y sus intereses, obedeciendo a esa ley eterna que impulsa a la llama a subir y al agua a buscar su nivel.

Ponedme un domingo cualquiera en un lugar céntrico de la población y yo os diré sin vacilar un momento y casi con la seguridad de no equivocarme un punto:

¿Veis esa elegante carretela sobre cuyo fondo azul y entre un mar de *glasé* y de blondas se destaca una cabeza rubia y distinguida? Pues esa va a la Fuente Castellana.

¿Veis aquel grupo de alegres y honrados artesanos que con cara de Pascuas y vestidos de día de fiesta cruzan en opuesta dirección? Pues esos seguramente van a merendar en la Pradera, en las Vistillas o a las inmediaciones del Puente Verde.

Aquella mamá, obesa, que sigue la calle de Alcalá adelante, precedida de dos pimpollos, en estado de merecer, perdería un dedo de la mano si no va a sentarse frente al circo del Príncipe Alfonso.

La otra cocinera endomingada que atraviesa más lejos, con aire decidido y luciendo un pañolón de colorines, apostaría cualquier cosa a que corre en busca de la Plaza Mayor, donde la espera un su paisano o pariente, cabo de la primera del 5.º de artillería montada.

Ese matrimonio de edad proveceta que corre a guarecerse en el portal de una casa, cuando siente el ruido de un coche y que parecen comerciantes retirados de la calle de

Postas, ¿quién duda que bajarán al Campo del Moro?

En cuanto a ese astur sin cuba y con camisa limpia, ¿qué hemos de pensar, si no que se dirige a la Virgen del Puerto?

Aquella bandada de niñeras y amas de cría de casa grande, ¿se oculta al menos conocedor de las costumbres madrileñas que no han de parar hasta verse junto a la fuente de las Cuatro Estaciones?

Y así seguiría marcando sin discrepar una línea el itinerario de todos y de cada uno de los paseantes.

La multitud que en ciertos días clásicos va y viene, cruza y torna a cruzar, y se enreda y se enmaraña pasando y repasando en mil direcciones distintas, podrá presentarnos confundidas las diferentes capas de la sociedad; pero a medida que las arterias de la población van arrojando a la ronda los animados grupos que por ella circulan, cada actor del gran sainete humano busca instintivamente escena y decoración apropiadas al papel que les ha tocado en suerte desempeñar en el teatro del mundo.

Hay, no obstante, un paseo cuyos concurrentes no es fácil señalar, un paseo al que no asiste clase determinada, al que se va

casi siempre más bien por incidencia que por costumbre, paseo que cambia de aspecto a medida que cambian las estaciones, que ofrece un panorama distinto en las diversas horas del día, que en el discurso del año puede asegurarse, que ve cruzar por sus alamedas a todos los vecinos de la Corte, amén de la población flotante, paseo, en fin, donde se reúnen alternativamente paletos y damas aristocráticas, niñeras y hombres políticos, artesanos y estudiantes, modistas y títulos de Castilla, provincianos y manolos, desesperados y alegres, ricos y pobres, chicos y grandes, muchachos y viejos. Ese paseo *sui generis* es el tradicional, el histórico paseo del Buen Retiro.

Y, ¿cómo se comprende, exclamará alguno, que esa multitud que instintivamente busca para agruparse sus elementos afines se reúna sólo en este punto?

Para encontrar la explicación de ese fenómeno, para darse cuenta de esa contradicción aparente, hay que saber de antemano que el Retiro es un paseo especial, un paseo ómnibus, que tiene rellanos y plazas tapiadas de finísima arena y cercados de arrayán para que jueguen los chicos; calles de copudos olmos ornados de estatuas para que

paseen los hombres graves; fuentes egipcias y chinescas, con peces, ánades y patos, para que se emboben las gentes sencillas; bosquecillos de follaje tupido y discreto para que se aventuren las parejas de enamorados; jaulas de fieras, con monos que hacen gestos y leopardos que enseñan los dientes, para que se extasie la plebe menuda; parajes incultos, llenos de carrascas y de jaramagos amarillos, para que se tiendan al sol los haraganes; hileras de pinos y cipreses para que discurren a su sombra los melancólicos; es preciso, por último, no perder de vista que dentro de un paseo monstruo, cuya circunferencia mide algunos kilómetros, hay otros cien paseos aislados e independientes, con su hechura, sus condiciones y su carácter adecuados a las diferentes clases de personas que los frecuentan.

De esta variedad infinita nace la dificultad con que tropiezan así el escritor como el dibujante al tratar de reproducir su múltiple fisonomía. Tarea inútil es asestarle el lente fotográfico; trabajo perdido cruzar sus arenadas calles lápiz o pluma en ristre. A cada instante cambian la expresión, la luz y hasta las líneas del modelo que se intenta copiar.

Figuráos, por ejemplo, que penetramos en el Retiro en una de esas *mañanas de abril o mayo* que inspiraron a Calderón la comedia más llena de risueña poesía, de elegantes discreciones y novelescas aventuras de nuestro teatro antiguo. Es la estación en que los almendros cubren el suelo con los despojos de sus tempranas y efímeras flores, dejando asomar sus primeras hojas verdes y transparentes; es la estación en que los intrincados laberintos del estanque chino se engalanan con ramos de lilas; es la estación en que el sol comienza a despertarse temprano y alegre, llamando con sus reflejos de oro al balcón de los perezosos. Los troncos, antes desnudos, se han vestido de nuevo y espléndido ropaje; el cielo parece más puro y transparente; entre las hojas suena una confusa algarabía de trinos y gorjeos que regocija el alma.

El Retiro va a ofrecernos una de sus escenas más características. Las modistillas que a costa de un madrugón han podido robar dos o tres horas de cotidiano trabajo del taller, cruzan alegres y desenfadadas por los senderos que dibujan los floridos arbustos, víctimas de sus matinales expediciones. Sus voces frescas y juveniles, sus gritos y sus ri-

sas forman coro y se confunden con el alegre y ruidoso canto de los pájaros.

¡Vedlas con sus sencillos trajes de percal, sus cabellos en desorden y volando sueltos al aire los extremos de sus graciosas mantillas, correr de un lado a otro con esa vertiginosa inquietud con que vuelan las mariposas zumbando en rededor de las flores! Mientras unas acechan los movimientos del guarda, otras penetran en los cuadros del jardín y repelan las acopadas matas de lilas, no faltando en esta bulliciosa operación algunos estudiantes que las requiebran, las persiguen o las asustan escondidos entre la arboleda. Todo enderredor parece que se anima, sonríe y toma parte en la loca alegría de las muchachas. Involuntariamente se escapan de los labios los dulces y espontáneos versos del poeta florentino:

¡Oh, primavera, gioventú del l'amour!

¡Gioventú, primavera della vita!

.....
.....

He aquí el borrador de una página del paseo del Buen Retiro; mas no os apresuréis por ella a formar buena idea del conjunto. Una página no es un libro.

Dejemos la fuente chinesca; seguidme por las revueltas de los jardines; no os preocupéis de la media docena de desocupados que arrojan pedacitos de pan a los peces del estanque grande, y recorriendo una ancha y solitaria calle de castaños, acopados y añosos, nos encontraremos en la fuente de la Salud. ¡Ved cómo han cambiado la decoración y los personajes; ved cómo todo es aquí diferente: la agitación deja lugar al reposo; a los gritos y las alegres careajadas sustituyen las conversaciones a media voz. El ancho batiente de un musgoso paredón, a cuyo pie se distinguen algunos bancos rústicos, presta a este lugar un aire de sosegada tristeza; la luz se abre paso con dificultad al través de las apretadas copas de los árboles.

Niñas pálidas, viejas achacosas, empleados sin empleo y militares en situación de reemplazo, todos adoradores de la maravillosa fuente, se agrupan en torno del manantial y discuten acerca de las propiedades del agua, repiten por centésima vez el número de vasos que se han bebido o pasean con lentitud a lo largo de las alamedas.

Pero no han concluido aún todos los objetos del diorama. Volvamos otra hoja del libro; internémonos otra vez en la espesura. ¡No

habéis reparado en las orlas de una elegante falda de seda que desaparece siempre por el extremo opuesto de las sendas que seguimos? ¡No habéis visto dibujarse vagamente al través de los claros que dejan las ramas el perfil de una enamorada pareja, que al menor ruido huye y evita el encuentro de los curiosos, escondiéndose entre el espeso follaje de los jardines?

Si al abandonar el Retiro encontrásemos parada cerca del templo de Atocha alguna elegante berlina con cifra o blasón en la portezuela, acaso el cochero podría darnos la solución de la charada. Las tradiciones galantes de la corte del rey poeta no se han perdido del todo entre las damas de la coronada villa.

Mas el sol sube a escape por el cielo y deja sentir en las espaldas la viva influencia de sus rayos; los paseantes desfilan unos tras otros; las muchachas vuelven a la población con el delantal lleno de flores; los inválidos de la fuente de la Salud con un paseo mayúsculo y docena y media de vasos de agua en el cuerpo. Ya no se queda en los jardines más que algún pretendiente, sin casa ni hogar, que duerme al pie de sus árboles el inquieto sueño de las dudosas esperanzas, o al-

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

gún estudiante que intenta repasar a la sombra las asignaturas del curso y acaba también por rendirse a la influencia del sueño; mientras gesticula y habla solo, discurriendo por entre el laberinto de hojas y flores, alguno de esos filósofos derrotados y silvestres, tipo original del que no faltan ejemplares en la corte.

Tal es, hecho a la pluma, el ligero bosquejo de uno de los variados cuadros que ofrece el Retiro. Con todos ellos podría formarse el más curioso álbum de costumbres madrileñas.

EL DUQUE DE RIVAS

(I N E D I T O)

APUNTE BIOGRAFICO

POETA y soldado a la vez, como Cervantes, como Lope, como Ercilla y como tantos otros egregios varones, orgullo del Parnaso castellano, el Duque de Rivas, cuya muerte deploramos hoy, mantuvo en la historia de nuestra literatura la gloriosa tradición de aquellos peregrinos ingenios españoles, verdadera encarnación de nuestro espíritu nacional, que así manejaban la pluma como la espada.

Quisiera disponer de bastante espacio y tener el talento suficiente para trazar, adornándole con las galas del estilo, el brillante cuadro de su existencia, desarrollando unas tras otras sus escenas desde los tiempos en que, joven e inflamado su espíritu por el amor patrio, regaba con su sangre los campos de Ocaña, hasta la época en que, lejos ya del tumulto de los combates y de las agitaciones de la vida pública, levantaba un monumento indestructible a nuestras glorias nacionales con su *Romancero histórico*.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Al escribir lo que ni aun me atrevo a llamar bosquejo biográfico del excelente poeta cuyo nombre sirve de epígrafe a estas líneas, me limitaré a consignar algunas de las fechas más notables de su vida.

Don Angel Saavedra, el popular autor de *Don Alvaro*, nació el 10 de marzo de 1791, en Córdoba, y fueron sus padres don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, y doña María Domíngua de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. Siguiendo la tradición constante en las casas más ilustres, de dedicar a los hijos segundos bien a la carrera de la Iglesia o de las armas, los padres del popular poeta, que se hallaba en este caso, hubieron de pensar desde muy temprano en enderezarle por este último camino, pues cuando apenas contaba algunos meses ya habían conseguido para él la bandolera de guardia de Corps y el título de caballero de justicia de la Orden de Malta.

Los primeros años de su vida los pasó en la hermosa ciudad donde había nacido, y en la cual estuvieron encargados de su educación literaria y artística Mr. Tostin, canónigo francés, emigrado de su patria a causa de los disturbios políticos que la agitaban

PAGINAS DESCONOCIDAS

por aquella época, y Mr. Verdiguier, escultor notable, que por las mismas razones se había establecido en Córdoba.

A la muerte de su padre, ocurrida en 1802, y en Madrid, adonde se había trasladado con toda su familia, ingresó en el Seminario de nobles, donde logró distinguirse, dando muestras de las felices disposiciones de su talento, no sólo en los diferentes estudios a que se dedicaba, sino en algunos recomendables aunque tímidos ensayos literarios.

Pero «la época no era de poesía, era de armas», dice uno de sus biógrafos al llegar a este punto de su vida. En efecto: la época no era de poesía escrita, de esa poesía que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio; era época de grandes pasiones que exaltaban los espíritus; época de transtornos, de peligros y de combates; época de poesía en acción; época, en fin, la más adecuada para desarrollar en la mente de los hombres destinados a romper más tarde las enojosas trabas de la poesía de academia, los gérmenes de la grande, de la verdadera, de la tradicional poesía española.

La guerra de la Independencia había comenzado. Los héroes que habían de escribir

con su sangre tantas y tan brillantes páginas de nuestra historia hacían frente a los invasores, cuando henchida el alma de noble ardimiento, don Angel Saavedra, acompañado de su hermano mayor, entonces duque de Rivas, fué a reunirse con los valientes que peleaban en defensa de la patria.

Las orillas del Ebro, las llanuras de León y los campos de Alcalá fueron testigos de los diferentes combates en que ambos hermanos se distinguieron peleando esforzadamente, aunque con adversa fortuna. Por último, don Angel cayó herido mortalmente en la desgraciada acción de Ocaña, en cuyos campos fué recogido, durante la noche, de entre los muertos, y transportado a un pueblecillo de las cercanías, donde aun postrado en el lecho escribió el bellissimo romance que comienza:

Con once heridas mortales,
hecha pedazos la espada,

uno de los más sentidos y populares de su autor. El soldado, como se ve, no dejaba en ninguna ocasión de ser poeta.

Retirado a Córdoba para restablecer su salud, tuvo que abandonar también esta ciu-

dad para refugiarse en Cádiz, cuando, forzado ya el paso de Sierra Morena, se derramaron los franceses por Andalucía. En Cádiz tuvo ingreso en el Cuerpo de Estado Mayor, y sin descuidar los trabajos facultativos propios de su carrera, prosiguió cultivando la poesía y la pintura.

En esta ciudad comenzó los *resúmenes de la guerra de la Independencia*, redactados sobre los partes oficiales; escribió en un periódico militar; dió a luz un folleto en defensa del Cuerpo a que pertenecía y compuso la cabaleresca poesía histórica titulada *El paso honroso*.

Concluída la guerra, y siendo ya coronel efectivo, se retiró a Sevilla, donde reunió algunas de sus poesías, dándolas a luz en dos tomos.

Por este mismo tiempo escribió para el teatro las tragedias *Ataulfo*, *Miatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, que no llegó a representarse, y, por último, *Maleck*, *Adhel*, la más notable de todas ellas. Elegido, en 1822, diputado a Cortes, interrumpió, para ocupar su puesto, un viaje que había comenzado con objeto de estudiar, por encargo del Gobierno, los establecimientos militares de los principales países de Europa. En el Parla-

mento, donde sostuvo ideas muy avanzadas, logró hacerse aplaudir por sus discursos políticos obteniendo un gran éxito con el que pronunció aprobando la conducta observada por el general San Miguel, respecto a los Gabinetes extranjeros que formaron la Santa Alianza.

En esta época, en que principalmente se ocupaba de política, escribió la tragedia titulada *Lanuza*.

Los sucesos políticos le obligaron, en 1823, a emigrar a Inglaterra, donde se reunió con otros muchos hombres notables que por las mismas causas tuvieron que alejarse de su país.

A bordo del buque en que abandonó las costas españolas escribió la composición titulada *La despedida*, en que se revela su verdadero carácter poético, original y espontáneo.

En Londres compuso la sátira, aún inédita, titulada *Un peso duro*, el poema titulado *Florinda* y *El sueño de un proscrito*.

Durante la emigración contrajo matrimonio con la distinguida señora, hoy duquesa viuda de Rivas, y en compañía de su joven esposa, y después de haber vagado algún tiempo por Italia, se fijó en Malta.

En este punto contrajo amistad con varios hombres notables, y muy particularmente con Mr. Frere, embajador que había sido de Inglaterra en España, y persona ilustradísima, a quien nuestro poeta debió el conocimiento de los autores clásicos ingleses y alemanes, con cuya lectura se ensanchó el horizonte de su genio.

El período que permaneció en esta isla fué uno de los más fecundos de la vida del ilustre literato.

Allí escribió su notabilísima composición que lleva por título *El faro de Malta*; allí compuso la comedia *Tanto vales como tienes*; la tragedia *Arias Gonzalo*, y concibió y llevó a feliz término una de sus obras más reputadas y notables: *El moro expósito*.

De Malta pasó a París y de París a Orleans, donde vivió algún tiempo con los recursos que le proporcionaba la pintura, arte en que sobresalió lo bastante para producir algunas obras apreciadas por los inteligentes. De Orleans se trasladó a Tours, punto en el cual estuvo algún tiempo en compañía de Alcalá Galiano, antiguo amigo suyo y compañero de emigración en Londres; de Tours salió para fijar de nuevo su residencia en

París. En la capital de Francia trazó el plan de *Don Alvaro* y lo escribió en prosa.

Abiertas las puertas de la madre patria para los emigrados, a la muerte de Fernando VII, don Angel Saavedra volvió a España, después de diez años de ausencia. Los cuidados de la política empezaron de nuevo a ocupar su espíritu.

Después de fundar *El Mensajero de las Cortes*, heredó, por muerte de su hermano, el título de duque de Rivas, y por derecho propio fué a tomar asiento en la Cámara de los próceres. No obstante, en esta ocasión, como en todas, los ocios de sus tareas políticas los dedicaba al cultivo de la literatura, versificando y corrigiendo el *Don Alvaro*, cuyo éxito al representarse eclipsó la fama de todas sus anteriores producciones.

Al formarse el ministerio Istúriz, los compromisos contraídos le obligaron a aceptar la cartera de Gobernación, puesto que desempeñó con honradez y con celo, hasta que los acontecimientos de la Granja y la revolución, que fué su consecuencia, le obligaron a buscar en Portugal un refugio contra sus enemigos.

El Duque de Rivas había nacido para poeta;

como poeta pudo ser soldado; pero no hombre político.

En Portugal escribió algunos de sus *Romances históricos*, ocupándose sólo de trabajos literarios, hasta que al promulgarse la Constitución de 1837 volvió a España para tomar asiento en el Senado.

En esta época escribió para el teatro *Solaces de un prisionero*, *La morisca de Alajuar* y *El crisol de la lealtad*, concluyendo y dando a luz su obra más popular: los *Romances históricos*.

De nuevo el curso de los sucesos políticos le obligó a alejarse de Madrid para fijar su estancia en Sevilla, donde su infatigable musa le inspiró el juguete que lleva por título *El parador de Bailén* y el drama fantástico *El desengaño de un sueño*. En Sevilla permaneció dos años, pues habiéndole elegido senador por los de 43, tuvo que trasladarse a la corte, donde ocupó la presidencia de la Alta Cámara, hasta que, hallándose en el poder don Luis González Bravo, fué enviado a representar nuestro país en la corte de Nápoles.

De esta época datan sus mejores poesías líricas y el apreciable libro en que se reveló como prosista distinguido e historiador no-

table. *La Historia de la sublevación de Nápoles, capitaneada por Massaniello*, es efectivamente una obra digna de los grandes elogios que se le han tributado.

Concluída su misión en Nápoles, volvió a España, donde se mantuvo hasta cierto punto alejado de la política, hasta que, en 1854, formó con Ríos Rosas, con el general Córdova y algunos otros hombres políticos notables, el ministerio que, creado para prevenir un conflicto, no pudo evitarlo y duró apenas dos días.

Después, y durante el mando del general Narváez, en 1857, fué nombrado embajador en París. Más tarde ocupó la presidencia del Consejo de Estado, puesto que, al agravarse de sus dolencias, tuvo que abandonar, no sin recibir al mismo tiempo como muestra de la alta estimación en que se le tenía, el collar de la insigne orden del Toisón de Oro.

Tal es, en resumen, el cuadro de la agitada y gloriosa vida del hombre eminente cuya pérdida lamentamos hoy como irreparable y cuya memoria se apresuran a honrar de extraordinaria y desusada manera, así las corporaciones científicas que han tenido el honor de contar-

le entre sus individuos, como todos los escritores que veían en él una gloria de la patria, tan respetable por sus talentos como por sus nobles prendas.

Madrid, 1865.